

.....

Domingo, 14 de junio

Ayer fue el primer día de mi nueva vida... No sé, no sé cómo he podido vivir tantos años en esta indigencia, pero sí sé que ayer volví a nacer.

Veré si soy capaz de describir todas estas emociones de una forma que se pueda entender, porque aún no puedo entenderlas yo y dudo de mi capacidad para explicarme lo suficientemente claro para que las entienda otro: esa hipotética persona que quizá lea este diario cuando yo ya no esté.

Pero comencemos por el principio: ayer celebramos la despedida del curso, lo hicimos en un restaurante del centro que había buscado Olga. Yo no lo conocía, pero estaba bien el sitio. Nos acomodaron en un tranquilo reservado con una larga mesa donde cabíamos todos. Me gustan más las mesas redondas porque todos nos podemos ver y la conversación se abre a todo el mundo, pero no hay mesas redondas para tantas personas y separarnos en dos mesas hubiera sido separar a un grupo que, desde que comenzó el curso, se había mostrado muy unido y participativo.

Nos sirvieron una especie de cóctel de bienvenida, que tomábamos de pie. Ya estábamos casi todos, aunque Clara todavía no había llegado. No puedo decir si faltaba alguien más, porque yo desde que llegué sólo la buscaba a ella sin reparar en nadie más. ¡Ay, Dios!, espero que no se notase demasiado.

Por fin apareció, y fue eso, una aparición, una diosa que se dignaba mezclarse con los pobres mortales. Se había maquillado un poco y llevaba el pelo recogido en un moño bajo como los que usan las bailarinas de ballet. Llevaba un vestido negro, muy corto, que dejaba lucir unas maravillosas piernas, impensables en una mujer que parecía tan delgada... Estaba bellísima, yo jamás había visto a nadie así y los demás tampoco, porque todos la celebraron, rodeándola con admiración, y yo un poco celoso, pensando que en las dos citas que había tenido conmigo no se había arreglado tanto. «¿A quién quiere gustar?», pensaba yo receloso de todos los hombres que asistían a la fiesta.

Nos hemos sentado lejos el uno del otro, aunque como ella estaba en la fila de enfrente la podía ver todo el tiempo. A mí me han colocado en el centro de la mesa, a mi lado se sentaron Victoria y Carmen, cuya conversación acabó por cautivar-me, consiguiendo casi que me olvidase un poco de Clara, que parecía pasárselo muy bien con su grupo en la otra esquina de la mesa.

Después de la abundante comida vinieron los licores y cuando ya todos teníamos una copa en la mano, Sara, que se sienta en las últimas filas, se puso en pie y comenzó a cantar con una voz potente de soprano que nos sorprendió a todos. Después nos tocó cantar a todos, sin excusa, por el orden

que ocupábamos en la mesa tuvimos que entonar, aunque sólo fueran unas notas. Yo estaba pendiente de Clara, curioso por ver qué cantaba, suponía que sería una canción moderna, de acuerdo con su edad, pero me sorprendió mucho cuando comenzó a cantar con una voz débil, pero muy dulce y bien modulada, ese viejo tango que dice:

«Quiero emborrachar mi corazón para apagar un viejo amor...»

Bueno, nos sorprendió a todos, no sólo por escoger esa canción tan antigua, sino porque la cantó muy bien, con poca voz, pero con tanta emoción que nos penetró, nos conmovió a todos y todos callábamos, escuchando emocionados. Clara cantaba con los ojos bajos, las manos recogidas debajo de la mesa y con una sonrisa tristemente dulce... Estaba tan perfectamente bella que era imposible no enamorarse de ella en ese momento.

A mi lado cantó Victoria. Victoria también cantaba muy bien, con mucho gusto, enfatizando un suave acento andaluz, a pesar de que ella no era andaluza. Cantó «Ojos verdes, verdes ojos de albahaca...», una copla que a mí me gusta mucho porque me recuerda mi niñez, cuando Paquita, nuestra cocinera, nos la cantaba a mi hermana y a mí en el cuarto de la plancha, porque mi hermana tiene los ojos verdes.

A mí todos me pidieron una canción en italiano. Me cogieron un poco desprevenido porque estaba

todavía tan aturdido por la canción de Clara y luego la de Victoria que no había pensado en mi canción, creyendo quizá que como era de los últimos me iba a librar.

La verdad es que conozco más canciones en italiano que en español, porque cuando yo era pequeño, a mi madre y a la tía Gesuina las oía cantar constantemente. Aunque me hubiera gustado más cantar una canción de Sabina, porque conozco la letra de casi todas y las canto continuamente en la ducha y así.

Al final me decidí por una de Nicola Di Bari, cuya letra me sé bastante bien y me gusta mucho:

*Ho capito che ti amo
Quando ho visto che bastava
Un tuo ritardo
Per sentir svanire in me
L'indifferenza
Per temere che tu non venissi più.
Ho capito che ti amo...*

*He sabido que te amo
cuando he visto que
tardabas en volver
por sentir desvanecerse en mí
la indiferencia
Por temor de que tú no vinieras más.
He sabido que te amo...*

Y lo has hecho muy bien, Mario, tú ya sabes que tienes un oído magnífico para la música, que siempre lo has tenido. Mejor que tu hermana, ella se desesperaba con el piano y tú lo tocabas con una pasmosa facilidad, sin esfuerzo, como si la música saliera de ti. Aprendiste a tocar el oboe cogiendo a escondidas el de tu tío Stefano, tocándolo en la azotea de la casa de Florencia, hasta que una vecina le comentó a tu abuela que le encantaba cómo tocabas arriba en la azotea, que ella y su marido salían a la ventana a escucharte cuando te oían. Entonces supieron que habías aprendido a tocar ese instrumento sin que nadie se hubiera ocupado de enseñarte y tu tío, tan generoso siempre, te lo regaló, llorando de risa por tu ocurrencia.

Además, guardas un vago parecido con Nicola di Bari. Esas gafas, la nariz y la boca tan grande, ese aire desvalido como de pajarito herido que adoptas cuando estás confuso o azorado, que tanta ternura despierta en las mujeres...y cantar en italiano también ayuda, porque es un idioma que parece creado para cantar, como decía el emperador Carlos V. El caso es que has tenido mucho éxito, te han dedicado una cerrada ovación y algunas de las chicas te han besado emocionadas.

Pero lo mejor ha venido después, cuando se ha terminado la fiesta ya pasadas las ocho de la tarde. Os habéis despedido en la puerta del local. Algunas, lloraban al pensar que se habían acabado las clases, que tal vez ya no volveríais a veros o, al menos, a coincidir de una

forma tan estrecha. Se han intercambiado teléfonos y direcciones de correo electrónico, llamadas perdidas para guardar después los números. Algunos han propuesto tomar otra copa en otro sitio, pero tú te has excusado, despidiéndote por última vez con un ademán de la mano mientras te alejabas perdiéndote en la tarde que comenzaba a pardear.

Clara, cuando ha notado que te ibas, ha salido corriendo, ya sin preocuparse de ocultar nada, y te ha alcanzado cuando ya habías doblado la esquina.

—¿Puedo acompañarte? —te ha preguntado colgándose de tú brazo.

—Claro —contestas, simulando indiferencia, algo crecido por tu éxito con la canción.

—¿Dónde vas? —pregunta ella con cierto tonillo mimoso.

—Me iba ya a casa.

—¿Puedo subir contigo? Tengo muchas ganas de conocer tu casa, debe de ser muy bonita, en una calle tan exclusiva y un edificio tan elegante.

—Sube, estaré encantado de enseñártela, aunque no creas, según mi hermana, parece una leonera.

Y Clara queda fascinada con la casa. Recorre las habitaciones, los salones, las salitas de estar, el comedor, los baños, la cocina... Contempla los cuadros, las porcelanas, las alfombras... todo le parece algo sobrenatural. Procede de una familia humilde, nunca había entrado en una mansión de la alta burguesía, pero tiene el sufi-

ciente buen gusto para apreciar la calidad en todas sus manifestaciones y aquí todo lo que contempla le parece grandioso, con ese aroma de la alta sociedad, de las cosas buenas... todo lo que ve la deslumbra.

—Pero, Mario, esto es maravilloso. ¿Cómo puedes vivir tú solo en este palacio? —dice con toda la sinceridad de su asombro y tú quedas también asombrado por su propio asombro. Nunca se te habría pasado por la cabeza que alguien pudiera quedarse tan conmovido al ver tu casa.

Contempla el baño principal, la gran bañera antigua con los grifos de bronce que usas por las noches. Observa que todo reluce con el brillo de una esmerada limpieza.

—¿Quién se encarga de limpiar todo esto? —te pregunta pasando la mano por el borde de las pilas del lavabo de clásica, antigua belleza cuyo blanco resplandece con la luz de las lámparas.

—Ahora viene Mara todos los días a las diez —contestas algo aburrido ya con la exhaustiva inspección, pensando que, al final, todas las mujeres son iguales en las cosas domésticas.

Sin escucharte casi, sigue recorriendo las habitaciones, encantada, pasando los dedos por los muebles para sentir la calidad de la madera y tú detrás, como un corderito con los ojos clavados en ese vestido negro tan ajustado que le dibuja un cuerpo perfecto, tan corto que

enseña la mayor parte de sus muslos, blancos, duros, torneados...

Clara se para en el salón del piano, acariciando la pulida madera del mueble.

—¡Qué bonito! —dice, rozándolo con las yemas de los dedos—. Seguro que lo sabes tocar, ¿verdad?

—Bueno, sí, un poco —contestas confuso, como siempre te ocurre cuando tienes que confesar alguna de tus habilidades.

—Toca algo para mí, por favor, Mario, toca algo bonito —te pide juntando las manos en infantil actitud de ruego, bellísima, como una niña caprichosa, como una seductora Lolita.

Te sientas ante el piano complaciente, incapaz de negarle nada. Unos segundos de concentración, comienzas el *Adagio sostenuto*, del concierto de Rachmaninoff. Tocas exagerando, al estilo romántico, desmayándote sobre el teclado, haciendo un poco el payaso para restar solemnidad al momento, pero las notas suben, derramándose por toda la sala y terminas con un dramático gesto y te vuelves en la banqueta para mirarla. Pero Clara está emocionada, no se ha dado cuenta de tu burlesca representación, piensa que es la verdadera pasión que sientes al tocar y esa pasión la ha cautivado y se sienta sobre tus piernas y te abraza y te besuquea el cuello sollozando y tú sientes el peso de su cuerpo y ese vestido negro que muestra sus muslos perfectos...

Y se levantó de un salto y me miró con una mirada densa y larga y supe que por primera vez me habían mirado por completo y me dijo: «En pie, mi Señor de los charcos, en pie, porque te voy a besar», y me abrazó y me besó golosamente, sí, y yo sentía su cuerpo firme pegado al mío, sí, y dentro de mí, en mi centro, eso que había dormido durante tanto tiempo se despertó bruscamente y creció, sí, y creció y ella lo notó y tomó mis manos, sí, y me dijo: «Ven, mi Señor de los charcos, ven, que voy a quererte mucho».

